

Magali Coumert
Bruno Dumézil

LOS REINOS BÁRBAROS
EN OCCIDENTE

Traducción de

Rafael G. Peinado Santaella

Granada
2013

Título original: *Les royaumes barbares en Occident.*

© PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, 2010.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA,
para todos los países de habla hispana.

© De la traducción: RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA.
LOS REINOS BÁRBAROS EN OCCIDENTE.

ISBN: 978-84-338-5592-3. Depósito legal: GR-1.948-2013.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja.

Diseño de la cubierta: Francisco Vega Álvarez.

Fotocomposición: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Los bárbaros que vivieron en Europa entre los siglos I y VII de nuestra era tienen muy mala reputación. Los culpables de ello son los pensadores del Renacimiento, para quienes la desaparición de Roma significó el naufragio de la única civilización verdadera. Desde la época de Montaigne y Rabelais, la palabra «bárbaro» constituye un insulto en la lengua francesa. Todos los pueblos considerados responsables de la caída del Imperio romano fueron cubiertos así de oprobio. Para calificar el estilo de las grandes catedrales medievales, los italianos del siglo XVI utilizaron, por ejemplo, el término «gótico», al estimar que solo los godos pudieron alejarse tanto de los cánones artísticos de la Antigüedad. En el siglo XVIII, se creó igualmente el neologismo «vandalismo» a partir del nombre de los vándalos, bárbaros a los que se acusaba de haberse regocijado devastando los bienes de la Iglesia.

Los presuntos destructores del Imperio romano recuperaron una imagen positiva a finales del Siglo de las Luces y, sobre todo, durante los primeros años del siglo XIX. Europa asistía entonces a la creación de los Estados-naciones y los historiadores llegaron a considerar que el nacimiento de los países occidentales debía muy poco a Roma y mucho a los oscuros bárbaros. ¿Acaso los anglos no habían dado su nombre a

Inglaterra y los francos a Francia? Todos esos pueblos merecieron desde entonces investigaciones eruditas. A partir de 1819, un grupo de eruditos alemanes emprendió incluso la tarea de publicar todos los textos que hablaban de los bárbaros occidentales, que según ellos eran los lejanos fundadores de Alemania. La iniciativa recibió el nombre de *Monumenta Germaniae Historica* (Monumentos históricos de Germania, *MGH*) y adoptó el lema «*Sanctus amor patriae dat animum*»: «Nos anima el sagrado amor por la patria». Aunque el proyecto abandonó poco a poco su connotación nacionalista, se erigió en la obra maestra de la filología alemana. El trabajo continúa en la actualidad y los especialistas hablan siempre con emoción de cada nueva publicación de los *MGH*.

Desde comienzos del siglo *xx* se han descubierto, no obstante, pocos textos nuevos que iluminen el periodo bárbaro. La arqueología, en cambio, ha ofrecido una considerable cantidad de datos. Además, a partir de los años 1940 y de los trabajos pioneros de Edouard Salin, los métodos de datación de los objetos encontrados en las excavaciones han ganado mucho en precisión. Cada descubrimiento capital alimenta el interés del público por las edades oscuras de Europa, como ha ocurrido en 2009 con el «tesoro de Staffordshire».

Sin embargo, el verdadero progreso de la investigación concierne sobre todo al enfoque metodológico de la cuestión. Pues, después de todo, ¿quienes eran los bárbaros? Para los antiguos griegos, y luego para los romanos, la palabra designaba a las poblaciones que no dominaban la lengua griega o latina. Sus medios

de comunicación se reducían a sonidos inarticulados que les valieron ese sobrenombre de «bárbaro». La incapacidad para poder expresar su pensamiento con claridad les impidió desarrollar un razonamiento lógico. Salvajes e irracionales, aquellas tribus se revelaban potencialmente peligrosas. Felizmente, vivían en un espacio lejano y confuso, el *Barbaricum*, el «país de los bárbaros», situado fuera de la civilización de la cuenca mediterránea.

Aunque los investigadores actuales han abandonado los presupuestos morales que subyacían en esa antigua definición, no tienen más remedio que reconocer que los pueblos que vivían al norte del Rin y del Danubio no conocieron la escritura durante toda la Antigüedad. Por ello no nos han legado ni libro, ni inscripción, ni moneda, fuentes todas ellas que constituyen el material ordinario del historiador. Hasta finales del siglo v, la existencia de los bárbaros se limitaba, por tanto, a lo que de ellos quisieron decirnos los escritores mediterráneos, los cuales les fueron globalmente hostiles.

Por tanto, ¿podemos considerar, como quisieron los eruditos del siglo xix y de comienzos del xx, que las tribus atestiguadas por las obras grecolatinas y la arqueología fueron los ancestros de los pueblos de la Edad Media, e incluso de las naciones de la época moderna?

Estudiar el nacimiento de los reinos de Occidente obliga en primer lugar a reconocer lo mucho que ignoramos acerca de la organización de los bárbaros antes de que entraran en el Imperio romano, que solo puede ser así objeto de hipótesis y especulaciones (capítulo

primero). Los primeros datos objetivos aparecieron cuando dichos pueblos entraron en contacto con el mundo mediterráneo, a partir del siglo I de nuestra era, ya fuese de manera conflictiva o mediante intercambios culturales (capítulo II). El Bajo Imperio conoció una evolución de las relaciones que favoreció la instalación de los bárbaros en suelo romano (capítulo III), en tanto que el siglo V vio cómo se desarrolló una civilización original, nacida de una aculturación recíproca (capítulo IV). Después de la desaparición del Imperio en 476, los bárbaros fundaron Estados autónomos en las antiguas provincias, perpetuando en todos los casos la mayor parte de las tradiciones romanas (capítulo V). Al final, su masiva conversión al catolicismo permitió la fusión de los diferentes pueblos y la construcción de nuevas identidades (capítulo VI).

Capítulo primero

LOS BÁRBAROS ANTES DE SU ENTRADA EN EL IMPERIO

Al ser iletrados, los bárbaros de la Antigüedad carecen por definición de historia, en el sentido de relato escrito que cuenta su pasado. Para nosotros solo existen como los vieron sus vecinos, griegos y romanos, o a través de las huellas materiales que dejaron en el terreno. Pero esos datos, poco abundantes, son susceptibles de interpretaciones muy diferentes.

FUENTES RARAS Y AMBIGUAS

1. *Los etnógrafos antiguos.*— Desde Herodoto, en el siglo V a. C., los griegos se esforzaron en clasificar a todos los seres humanos extraños a su mundo en diferentes pueblos, tras establecer entre ellos jerarquías según su grado de salvajismo. El mundo bárbaro se consideraba globalmente como algo inmutable, lo que permitía asimismo reutilizar a porfía tanto los nombres ya dados por autores precedentes como la descripción de los vestidos, las creencias o las costumbres bárbaras. Por ejemplo, los godos que atacaron Grecia en el siglo III d. C. fueron llamados escitas, getas o dacios,

tres pueblos que antes habían sido señalados como agresores procedentes del norte del mar Negro.

A pesar de los contactos comerciales, los intercambios diplomáticos o las expediciones militares, los elementos obtenidos de una observación directa de los pueblos vecinos eran escasos y siempre se integraron en un discurso convencional sobre los salvajes. En efecto, todos los bárbaros se asimilaron a pueblos muy elementales, y la descripción de sus vestidos alimentaba un discurso general sobre la organización del cosmos. Así, según las teorías inventadas por los griegos, el clima influye mucho en el desarrollo de las sociedades humanas: según se creía, el calor o el frío solo permitían la supervivencia de pueblos rayanos en la animalidad. Por consiguiente, los pueblos que vivían en los confines septentrionales de Europa y Asia se presentaban como ignorantes de la agricultura y de la cocción de la carne. Ambas carencias los alejaban del hombre civilizado, que solo podía vivir en las riberas del Mediterráneo.

2. *Las fuentes historiográficas romanas.*— En las descripciones del mundo bárbaro que ofrecen los etnógrafos antiguos se encuentran, pues, indisociablemente mezcladas informaciones extraídas de una observación real, presupuestos teóricos y repeticiones de autores anteriores. Incluso las descripciones procedentes de individuos que entraron verdaderamente en contacto con los pueblos descritos repiten apriorismos de la etnografía antigua o instrumentalizan sus datos en función de su público. Así ocurre con Tácito, que

redactó su *Germania* a caballo entre los siglos I y II d. C. y contiene una amplia descripción de los pueblos vecinos del Imperio, pero sus observaciones suponen una crítica implícita de Roma: los bárbaros de Tácito, presentados como puros en sus costumbres y no corrompidos por el dinero, venían a subrayar la decadencia moral del Imperio.

En el siglo III de nuestra era, la presión de los grupos bárbaros sobre las fronteras romanas se convirtió en un envite político de primer orden: los emperadores eran elegidos o depuestos dependiendo del resultado de sus campañas militares. En ese contexto, la evocación de los enemigos bárbaros servía ante todo para alabar al soberano. Así, los *Panegíricos latinos*, discursos oficiales pronunciados en Galia en honor de los emperadores de los siglos III y IV, enfatizan el salvajismo monstruoso de los bárbaros y evocan los combates como un conflicto entre Roma y las fuerzas del mal. Pero lo que se perseguía con ello era halagar al emperador del momento, de quien se estaba dispuesto a creer que aportaría la paz y la próxima abolición de toda barbarie.

Las *Historias* redactadas por Amiano Marcelino a finales del siglo IV describen igualmente los enfrentamientos entre los ejércitos romanos y los bárbaros, aunque solo ha llegado hasta nosotros la parte referente al periodo comprendido entre los años 353 y 378. Este relato contiene un discurso moral de un profundo pesimismo, pues el autor, pagano, asociaba la difusión del cristianismo a una inexorable decadencia del Imperio. Por la misma razón, en la *Historia Augusta*,

redactada a finales del siglo IV para relatar las vidas de los emperadores que habían reinado entre los años 117 y 284 d. C., los bárbaros aparecen como valedores de los romanos, al revelar sus virtudes o sus vicios.

3. *La arqueología.*— A falta de fuentes escritas, las aportaciones de las excavaciones sirven generalmente para comprender el nacimiento del mundo bárbaro. En efecto, la presencia de los mismos objetos en asociación permite identificar lo que los arqueólogos denominan una «cultura material»; el mapa de los lugares donde se encuentran esos conjuntos de objetos revela el área de expansión de una «civilización», aunque este término sea impropio sin ningún género de duda.

Durante la época romana se desarrollaron varias culturas materiales en las regiones del norte y este de Europa donde las fuentes romanas sitúan los orígenes de los bárbaros. Entre ellas se distingue, desde el siglo I d. C., la cultura de Wielbark, entre el Oder y el Vístula (al norte de la actual Polonia), así como la cultura de Przeworsk, más al sur. La cultura de Wielbark se caracteriza por el predominio de las incineraciones y el depósito de armas en las tumbas. En la cultura de Przeworsk, en cambio, predominan las inhumaciones y no se encuentran armas junto a los difuntos. Esta última cultura material se difundió más al sur en los siglos II y III de nuestra era, al tiempo que aparecieron, a orillas del Oder, las culturas de Luboszyce y Debczyno.

Los objetos que han aparecido en estos espacios demuestran que la agricultura y la ganadería eran las

principales actividades de los primeros bárbaros. Existían también artesanos especializados, sobre todo en la metalurgia. El considerable número de objetos de importación romana (vajilla metálica, armas, recipientes de vidrio) atestiguan además intercambios constantes con el mundo mediterráneo, según rutas comerciales bien establecidas.

A mediados del siglo III d. C., la cultura de Wielbark estaba aún presente al norte del Danubio y del mar Negro, cuando aquí se desarrolló la cultura de Tcherniakov. Esta retomó las características de la cultura de Wielbark, con préstamos de la cultura de Przeworsk y de las de las estepas del este. En la cultura de Tcherniakov, la influencia de las provincias romanas parecía aún más importante que en las culturas materiales precedentes.

Observamos que todas las culturas arqueológicas desaparecieron a mediados del siglo V, pero sin que hubiese simultaneidad con la penetración de los diferentes grupos bárbaros en los territorios imperiales.

4. *La Historia gentium retrospectiva.*— Los primeros relatos verdaderamente históricos dedicados al pasado bárbaro responden al género literario de la *Historia gentium* (la «historia de los pueblos»). Fueron compuestos en latín en los siglos VI y VII y estaban dirigidos a las élites de los nuevos reinos de Occidente. Así, el senador Casiodoro escribió antes de 526 una *Historia de los godos* en doce volúmenes para el rey Teodorico de Italia. Solo conocemos de ella la reanudación de Jordanés, un autor que la resumió —no sabemos con

qué grado de fiabilidad— en 551 o 552. A comienzos del siglo VII, Isidoro, obispo de Sevilla, narró también el pasado de los godos, cuando estos reinaban en España. Para los francos, los primeros relatos del origen se redactaron a mediados del siglo VII en la *Crónica* atribuida a Fredegario. Por lo que respecta a la aventura de los primeros lombardos, se describe por la *Origo gentis Langobardorum*, un texto escrito entre 661 y 671.

Cada uno de estos relatos cuenta los orígenes de un pueblo en los confines del mundo conocido (en Escitia, en la isla nórdica de Scandia o en Troya) y presenta su historia como una migración jalónada de victorias hasta una conquista importante que permite fundar un reino. Ese desplazamiento geográfico iba acompañado de un progresivo acercamiento a la civilización que convertía a los diferentes pueblos en dignos sucesores de los romanos.

A falta de fuentes alternativas sobre el pasado de los bárbaros, los historiadores han sobreexplotado a menudo la *Historia gentium*, concediéndole una confianza excesiva. Los detalles geográficos presentes en esas obras se han utilizado así para reconstruir los trayectos migratorios, cuando lo cierto es que dependen de una representación del mundo sin relación con la realidad espacial. Los pueblos bárbaros atravesaron de ese modo los presuntos «montes Rifeos» que separaban Escitia de Europa, siendo así que no pueden asimilarse a ningún macizo montañoso.

En realidad, los relatos del origen solo cobran sentido en el contexto preciso de su redacción. Certifican la aculturación latina de las nuevas élites, pero nos

informan muy poco sobre la realidad de los siglos que precedieron a la formación de los nuevos reinos. Sus autores estuvieron muy alejados de los acontecimientos que relatan: escribieron para alabar a reyes cristianos, en una época en la que el Imperio, a pesar de que había desaparecido hacía tiempo, seguía siendo una referencia prestigiosa.

Aunque en estos relatos de origen aparecen algunas tradiciones orales bárbaras, algunos pasajes están inspirados de manera evidente por las fuentes escritas latinas. A los francos se les atribuye así un pasado troyano —habrían huido tras la caída de Troya—, mientras que los godos se presentan como descendientes de Gog y Magog, pueblos citados en el Antiguo Testamento. Sin embargo, algunos escasísimos elementos parecen proceder de una verdadera tradición oral, como los nombres de los ancestros del rey godo Teodorico aportados por Jordanés o los de los dioses lombardos, Godan y Frea, mencionados por el *OrigogentisLangobardorum*.

Frente a estas fuentes tan extremadamente incompletas, se oponen tres modelos historiográficos para explicar la constitución de los pueblos bárbaros de los siglos V y VII.

LA TESIS DE LAS GRANDES MIGRACIONES

Hasta la segunda mitad del siglo XX, la aparición de los bárbaros se explicó mediante el modelo de las grandes migraciones. Según el mismo, algunos pue-

blos, en forma de grupos distintos, estructurados y homogéneos, habrían atravesado el conjunto de Europa durante varios siglos, incluso durante varios milenios, hasta llegar a las fronteras del Imperio de Roma. Esa ofensiva general del mundo bárbaro provocaría en primer lugar la crisis militar que el Imperio sufrió en el siglo III de nuestra era. Después, tras un breve respiro, se produciría el derrumbamiento del Imperio de Occidente, que podemos situar entre la entrada de los godos en el Imperio en 376 y la destitución del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, en 476.

1. *Un modelo fiel a las fuentes antiguas...*— Este esquema general recupera la visión de las fuentes romanas, que presentan a las incursiones bárbaras como un movimiento incontrolado, procedente de los confines del mundo conocido. Pero coincide también, de manera más profunda, con el modelo de la formación de los pueblos proporcionado por dos obras fundamentales de la cultura occidental: la *Eneida* y la Biblia.

La *Eneida* es el poema latino escrito por Virgilio en el siglo I a. C. que relata el viaje errante de Eneas y sus compañeros tras la caída de Troya. Formaron un pequeño grupo unido por el recuerdo de sus orígenes, por sus propias tradiciones, por el culto a los dioses lares de Troya que instalaron en el Lacio y por la conciencia del destino excepcional que los eligió para fundar Roma. El Antiguo Testamento, por su parte, presenta a los hebreos como un pueblo constituido sobre una base endogámica, dado que todos ellos descienden de

Jacob. La fe en Yavé los unió detrás de un jefe único y garantizó que su vagabundeo en busca de la Tierra Prometida se efectuara sin mezclarse con los grupos vecinos.

Tales presentaciones transmiten, pues, la idea del «pueblo» como una entidad forjada por el Cielo desde los orígenes. Ese grupo se desplaza, pero no se transforma. Jamás integra nuevas poblaciones, ni nuevas tradiciones.

2. ... *al servicio de un pensamiento nacionalista...*— El modelo de las grandes migraciones debió su éxito a su reutilización por los nacionalismos europeos. Presentar a un reino bárbaro como la creación de un pueblo constituido desde sus lejanos orígenes y que conquistó su territorio mediante las armas magnificaba al Estado que pretendía ser su heredero. La epopeya de los bárbaros se convirtió en el símbolo del triunfo de una nación, incluso de una raza particular, elegida desde el comienzo de los tiempos.

En la Suecia del siglo XVII, el «goticismo» exaltaba así el pasado godo atribuido a los suecos para defender su expansión territorial y su misión civilizadora. Por la misma razón, en la Francia de las Luces, el pasado bárbaro fue invocado en primer lugar por la aristocracia, que pretendía descender de los francos victoriosos, mientras que el Tercer Estado habría reunido a los descendientes de los galorromanos vencidos. En el siglo XIX, la República prefirió enorgullecerse solo de los galorromanos, ocultando una dominación romana considerada demasiado cosmopolita, lo mismo que

la aportación de los francos, esos bárbaros de lengua germánica muy próximos a los ancestros reivindicados por el enemigo alemán.

En realidad, en las regiones que formaron Alemania, las reivindicaciones del pasado bárbaro fueron muy vigorosas desde la época humanista. En el siglo XV, el redescubrimiento del único manuscrito de la *Germania* de Tácito, unido a las teorías lingüísticas, promovió la asimilación sistemática del pasado de los pueblos de lengua germánica al pasado alemán. En esa línea de pensamiento, Jacob Grimm publicó en 1835 una *Mitología alemana* que estudiaba el paganismo de los pueblos bárbaros. La obra se basa en la equivalencia establecida entre los germanos descritos por Tácito, los grupos de lengua germánica de los siglos siguientes (especialmente los godos) y, en fin, los alemanes del siglo XIX. El pensamiento nacionalista presentó tan a menudo a los bárbaros como los ancestros genéticos de los grupos nacionales que el nazismo se limitó a extraer de ahí su discurso para elaborar la teoría de la superioridad de una raza aria germánica.

3. ... *hoy cuestionado*.— El modelo explicativo de las grandes migraciones ha sido recogido durante mucho tiempo en las obras destinadas al gran público. En 2013, Wikipedia le presta todavía mucha atención. El ejemplo más ilustrativo de ello es el mapa de las Grandes Invasiones, donde los pueblos bárbaros se representan mediante flechas que convergen desde los confines europeos hacia el Imperio romano.

Tales representaciones deben rechazarse por varias razones. En primer lugar, el uso de flechas para evocar desplazamientos supuestamente pluriseculares omite tanto la cronología como la atención a las fuentes. De esta manera quedan equiparados, por ejemplo, el desplazamiento del ejército de Alarico después de su saqueo de Roma, bien documentado por los textos contemporáneos, y un desplazamiento de los godos entre la isla de Scandia y Escitia, que solo evoca de manera muy imprecisa Jordanés situándolo diez siglos antes de su época. Además, una flecha supone la estabilidad del grupo que se desplaza, y que se presenta implícitamente como distinto de los grupos vecinos durante los siglos de su vagabundeo.

La unanimidad en torno al modelo de las grandes invasiones se rompió a partir de los años 1960 gracias a los progresos de la arqueología. Durante mucho tiempo, en efecto, la interpretación de los vestigios no tuvo más objetivo que identificar las migraciones que describen los relatos de la Alta Edad Media. Así, los orígenes de los godos y de otros pueblos de lengua germánica se buscaban sistemáticamente en Escandinavia. Sin embargo, estudios más sutiles permitieron constatar que la región estaba poco poblada en la Antigüedad; a partir de ahí resultaba difícil explicar un exilio masivo de poblaciones. Además, algunos objetos fueron con toda seguridad comunes en ambas orillas del mar Báltico, pero la cultura material de Wielbark fue elaborada en el continente.

Por su parte, la lingüística ha sido objeto de una utilización más prudente. Los análisis muestran en

verdad algunos puntos comunes entre las lenguas escandinavas actuales y la lengua utilizada por los godos en el siglo IV de nuestra era, tal como la conocemos por los fragmentos de la Biblia que Ulfila tradujo al gótico. Pero un parentesco lingüístico de ninguna manera prueba una migración: una lengua puede difundirse sin movimiento de población, sino simplemente debido al prestigio social que aporta.

En fin, la toponimia admite sus limitaciones. Por ejemplo, existen una isla nórdica llamada «Gotland» y una península del «Götaland» en Suecia, pero de ahí no puede concluirse que sean el lugar de origen de los pueblos godos. Esas denominaciones les fueron atribuidas, en efecto, en el transcurso de la Edad Media por autores que conocían los relatos que situaban los orígenes de dicho pueblo en Escandinavia.

LA TESIS DE LA ETNOGÉNESIS PROGRESIVA

1. *Un modelo dominante desde los años 1970...*— Como reacción al nazismo, mucho más sin duda que como respuesta a los progresos de las ciencias auxiliares, Reinhard Wenskus y sus discípulos, historiadores de lengua alemana, elaboraron la teoría de la etnogénesis. Según ella, los pueblos bárbaros se formaron por etapas, a partir de pequeños grupos prestigiosos portadores de un núcleo de tradiciones étnicas. La formación de un gran pueblo se haría mediante la difusión entre diversas poblaciones de esas tradiciones y del sentimiento de pertenencia que defendían. Entre

dichas tradiciones, la creencia en un origen común ocuparía un lugar fundamental, pero sería solo una ficción política al servicio del poder real. Por ejemplo, seguir al rey de los godos en sus éxitos militares provocaría el sentimiento de un destino común con los otros individuos que hacían la misma elección, aceptando por tanto las tradiciones góticas, hasta considerarse a sí mismos como godos.

La formación de un pueblo era así resultado de un proceso complejo, fruto de las circunstancias históricas. Esta forma de ver las cosas tiene la ventaja de explicar los efectivos fluctuantes de los grupos bárbaros o su súbita desaparición tras sufrir derrotas militares. ¿Qué fue, por ejemplo, de los hunos después de 453? Según la teoría de la etnogénesis, los guerreros vencidos se arrimaron a otros jefes y fueron asimilándose poco a poco a otros grupos étnicos.

Este enfoque elimina además cualquier idea de continuidad genética, dado que la unidad del pueblo bárbaro sería ante todo una construcción política e ideológica. Responde parcialmente a los problemas suscitados por la arqueología, que considera como algo imposible localizar movimientos de población de gran amplitud en el mundo bárbaro o atribuir una cultura material a un pueblo en particular.

Junto a estos aspectos novedosos, la teoría de la etnogénesis recupera, sin embargo, algunos elementos antiguos. Así, no se rechaza la idea de una migración, pero se ve limitada a un pequeño grupo que no habría dejado huellas materiales de su existencia. Se supone que las tradiciones étnicas se transmitieron oralmente,

de manera continua, durante varios siglos. El clan real habría sido de esa manera la clave maestra de la formación del pueblo, pero también el garante de su unidad y continuidad. Por eso, aunque los godos del siglo VI no fueran descendientes genéticos de los godos del siglo III, sí serían portadores de tradiciones auténticamente godas.

2. ... *pero que tiene sus limitaciones.*— Para los defensores de la etnogénesis, las tradiciones compartidas en la base de la formación de un pueblo son el sistema político, la religión, la lengua y los relatos del pasado.

Ahora bien, no se percibe rastro alguno de arcaísmo en el modelo jurídico bárbaro. Los jefes se habían insertado desde hacía mucho tiempo en el sistema político romano y algunos llegaron a asumir las más altas responsabilidades. Dominaron la escritura y las tradiciones jurídicas mediterráneas. Por ese motivo, las leyes que compusieron los reyes francos o godos recuperaron numerosos elementos del derecho imperial. La existencia de dichos textos, desde el siglo V, ilustra por otra parte la muy considerable aculturación de las poblaciones bárbaras, que aceptaron sin dificultad la autoridad de una ley escrita y su promulgación por un soberano legislador.

Del mismo modo, en numerosos pueblos bárbaros, como los godos o los burgundios, su ancestral religión pagana fue abandonada muy pronto por el cristianismo. En otros, como los lombardos, la idolatría cohabitó durante mucho tiempo con el cristianismo. Sin embargo, la identidad étnica de esos pueblos no

menguó por ello y la Iglesia se reveló a menudo como un sostén privilegiado del poder real.

Por lo que respecta a los relatos de la migración, descansan, como ya hemos visto, en modelos etnográficos y literarios anteriores. El itinerario que describen solo tiene sentido en la visión romana de los confines, donde Troya, Escitia y Scandia pertenecían a regiones vecinas pobladas de humanos en la frontera de la animalidad. Todos se compusieron en latín, que siguió siendo la única lengua escrita hasta el siglo VII en todos los reinos creados en los antiguos territorios del Imperio romano.

Los elementos extraños a la civilización romana que habrían sido aportados desde Escandinavia por el grupo portador de las tradiciones étnicas parecen haber sido, pues, muy escasos. Además, la idea de una continuidad particular de las prácticas de poder en los pueblos de lengua germánica, especialmente la idea de una «realeza sagrada» (*Sakralkönigtum*), parecen en la actualidad creaciones historiográficas fechadas, sin apoyatura en las fuentes contemporáneas.

La idea de un largo desplazamiento de grupos étnicos constituidos, aunque limitados a un clan portador de tradiciones extrañas al mundo romano, descansa así en un conjunto de argumentos extremadamente reducido.

LA TESIS DE LA IDENTIDAD ADQUIRIDA DE ROMA

Si los pueblos bárbaros no tenían unos orígenes muy antiguos y si es verdad que solo se constituyeron

en el transcurso de una migración, ¿de dónde procedían? Algunos historiadores y arqueólogos han llegado a concluir que fue Roma la que, en cierto modo, fabricó los bárbaros.

1. *El incierto lazo entre cultura material bárbara e identidad étnica.*— ¿Podemos contemplar identidades étnicas fuertes entre los bárbaros antes de que entraran en contacto con el pueblo romano? La respuesta a esta pregunta debe mucho a los últimos progresos de la arqueología. Durante mucho tiempo, la difusión de las culturas materiales, como la de Wielbark, se asoció a la idea del desplazamiento de los grupos bárbaros. Hoy, sin embargo, se cuestiona totalmente, para el periodo anterior al siglo v, el lazo entre identidad étnica y cultura material.

Una cultura material, aparte del desplazamiento de sus portadores iniciales, puede difundirse ciertamente por mimetismo. Así, en nuestras sociedades, el uso mixto del pantalón vaquero tiene que ver con la atracción de la cultura americana y no con un poblamiento americano masivo en Europa desde 1945. Un grupo étnicamente estable puede elaborar asimismo una cultura material radicalmente nueva: a lo largo del siglo xx, el modo de vida agrícola llegó a ser minoritario en la sociedad francesa sin que esa cuasi desaparición de una parte de la población respondiera a un cambio étnico. La evolución de una cultura material no significa, pues, forzosamente un desplazamiento humano o una etnogénesis.

Se podrá replicar que las prácticas funerarias fueron por lo general muy conservadoras; deberían poder

aportar algunas respuestas. Es verdad que, por la misma razón que las producciones escritas, las sepulturas constituyen obras construidas para decir algo. Pero, aunque la tumba habla de la identidad del individuo, no remite necesariamente solo a su identidad étnica. ¿Qué expresa, por ejemplo, un arma depositada en una tumba?: ¿remite a la etnicidad del difunto?, ¿a un estatus particular del combatiente?, ¿a su pertenencia a un grupo aristocrático?, ¿o solo a la expresión de su virilidad, en relación a las mujeres y a los esclavos inhumados sin armas?

El lazo entre culturas materiales e identidades reales es así objeto actualmente de un debate apasionado entre los arqueólogos. Para algunos, la identificación de ciertos artefactos con determinados pueblos sería una concepción falsa, por nacionalista: las clasificaciones de los objetos por pueblo, cultura, raza o lengua se basan en una visión de las poblaciones homogéneas y claramente distintas unas de otras. Ahora bien, este modelo no puede aplicarse a unos grupos bárbaros de composición flexible y heterogénea.

Según Sebastian Brather, querer caracterizar una cultura material plantea en sí mismo un problema epistemológico, dado que implica distinguir, en el seno de un *continuum* de prácticas materiales, algunos objetos como más significativos que otros. La realidad espacial de una misma cultura sería, por otra parte, discutible: los centros y los espacios de difusión periféricos llegan a ser diferentes en función de los elementos que se elijan como determinantes. De esa manera, el arqueólogo proyectaría sus propias

clasificaciones, las cuales reflejan sus *a priori* y no los de los individuos estudiados.

Esta discusión revela la profundidad de los cuestionamientos metodológicos, desde que la identidad étnica se concibe como acomodaticia y sometida a las fluctuaciones del sentimiento de pertenencia de cada individuo. Antes del siglo v, la etnicidad sería imposible de distinguir de los otros componentes de la identidad social.

2. *Las estrategias de distinción.*— El debate sigue abierto para estimar qué parte de los elementos internos propios del *Barbaricum* entró en la estructuración de las identidades étnicas bárbaras. En cambio, todos los investigadores coinciden en reconocer el papel decisivo que desempeñó el encuentro con el mundo romano. Las pertenencias étnicas se expresaron entonces porque podían ser instrumentalizadas.

Una vez que se entraba en el Imperio, apelar a una identidad particular permitía ante todo distinguirse; ser godo, franco o lombardo hacía posible en particular defender una posición social más elevada que la de un simple combatiente al servicio del emperador. Roma concedía, por otra parte, más valor a ciertos pueblos. A lo largo del tiempo, algunas identidades llegaron a ser atractivas: hubo, por ejemplo, tantos godos porque el Imperio admiraba y temía la fuerza gótica.

En segundo lugar, la identidad permitía llevar a cabo un juego sutil en el seno del ejército imperial. Desde el principio del siglo III, las usurpaciones fueron frecuentes y cualquier general romano podía aspirar a

la púrpura. Desde entonces, los mejores oficiales, que por lo general habían nacido en las provincias del Rin y del Danubio, debían definirse según sus ambiciones. El valiente Maximino el Tracio se presentó así, con razón o sin ella, como un romano; por eso pudo ser emperador en 238. Pero otros generales afirmaron su pertenencia a un pueblo bárbaro; y no por ello inquietaban al emperador, que tendía a convertirlos en sus principales lugartenientes.

En último lugar, el discurso étnico venía a reforzar la posición de las élites bárbaras en términos diplomáticos. Así, para llegar a ser un interlocutor creíble, lo mejor era pertenecer a un pueblo constituido. Esto permitía sobre todo justificar las alternancias entre la sumisión o la rebelión, en función de las ventajas que el emperador estuviera dispuesto a consentir.

Descansara o no en numerosos elementos extraños a la civilización romana, la identidad étnica bárbara constituía, pues, el elemento clave de una retórica sociopolítica. Esta se elaboró lentamente al contacto del mundo romano y se desarrolló, después de 376, para justificar la desintegración del poder imperial, y más tarde para legitimar la fundación de reinos independientes.